

NICO

Atardecía en la ciudad costera de Torlada. Una suave brisa mecía las hojas de las palmeras y la temperatura había refrescando bastante. El invierno llegaba de nuevo, y con él, los días cortos y el adiós a los turistas. Nico caminaba por el boulevard empujando su carro de supermercado repleto de libros. Para cualquier desconocido que lo observase, él era una de esas personas a las que aparentamos no ver cuando nos cruzamos con ellas, por miedo a que nos pidan algo, a que nos devuelvan la mirada. Pero Nico era distinto. El caminaba con la serena dignidad de quien se siente útil, de quien se sabe apreciado.

Todo había comenzado veinte años antes, cuando Nicolás Fernández finalizó sus estudios en el Instituto de Enseñanzas Medias Escultor Robredo. El expediente académico de Nicolás era excelente; cinco sobresalientes y tres notables reflejaban que no era casualidad el buen futuro que le habían augurado todos sus profesores al finalizar su educación primaria. La literatura siempre había sido su gran pasión; leía todo cuanto caía en sus manos: novela, teatro, poesía, filosofía. A pesar de su corta edad, su cultura literaria era inmensa. Conocía a la perfección los clásicos, los distintos movimientos literarios y la literatura contemporánea. Sus amigos bromeaban habitualmente con él porque siempre tenía a mano la frase de algún escritor célebre o un poema. La biblioteca era su segunda casa, pero no para consultar o indagar en libros referentes a sus estudios. Lo que a él le gustaba era leer; conocer lo que otra gente había escrito, pensado e imaginado muchos años antes, muchos siglos antes; y también lo que escritores famosos o desconocidos estaban escribiendo en la actualidad.

Así fue cómo cuando finalizó su último año de instituto, Nicolás no se lo pensó dos veces, dejó los estudios reglamentarios y comenzó a preparar unas oposiciones para bibliotecario. En su familia y en su entorno más cercano esta decisión causó un profundo desasosiego. No entendían que con su talento él pudiese limitarse a aspirar un trabajo tan simple y a un futuro tan poco ambicioso. Pero Nicolás no podía imaginar nada mejor para su vida que compartir sus lecturas, impresiones y opiniones con los lectores que acuden cada día a una biblioteca para consultar o tomar libros prestados.

En apenas un año consiguió su gran objetivo y aprobó las oposiciones. Su destino fue la Biblioteca Central de Gerina y Nicolás se sintió de nuevo afortunado, ya que era la biblioteca más grande de todas a las que podía haber sido destinado.

Nicolás tomó posesión de su puesto una mañana de abril en la que llovía a cántaros, pero la expresión de su cara era como si de un día radiante se tratase. Enseguida se adaptó al trabajo, se llevaba estupendamente con todos sus compañeros y se mostraba ansioso por agradar a los usuarios de la biblioteca. Durante el primer año todo iba de maravilla, pero después comenzaron a sumarse nuevos compañeros a la plantilla de la biblioteca. El nuevo reparto de turnos molestó bastante a Nicolás. Más tarde, le dijeron que debería hacer algunos de sus turnos en la sala de audiovisuales en lugar de en la de préstamo de libros. Después, con la implantación de un nuevo sistema informático, ya no era necesario tanto personal en 'atención al público' y le trasladaron al departamento de catalogación.

Todo fue sucediendo con la lentitud suficiente como para no percibir que las cosas están cambiando a nuestro alrededor y, a su vez, con la rapidez que no permite ver dónde se estaba y cómo era todo unos meses antes.

Nicolás se enteró entonces que estaban buscando un dependiente en una de las librerías del barrio y no lo dudó, dejó la biblioteca para intentar seguir cerca de lo que más le gustaba: los libros y la gente. El trabajo era agradable, pero los caóticos horarios comerciales y el tener que trabajar los sábados cada vez le producía mayor incomodidad. El sueldo tampoco era una maravilla y tenía la sensación de que no disponía de tiempo para sí mismo.

Nicolás decidió que tampoco valía la pena seguir en aquel trabajo. Además, un viejo amigo del barrio le había hablado de un negocio en el que se podía ganar mucho dinero y que le ocuparía únicamente unas pocas horas al día. Después –pensaba Nicolás– tendría el resto de la jornada para leer y curiosear por las librerías. Cuando concretaron el trato Nicolás tuvo un poco de miedo, pero todo parecía tan sencillo. Debía entregar cada día unos pequeños paquetes en varias direcciones de la ciudad, no hacer preguntas e intentar pasar desapercibido. Tarea muy sencilla para él, ya que normalmente Nicolás siempre solía caminar por la calle con algún libro bajo el brazo o con una pequeña mochila colgada de su hombro.